

MONUMENTOS DE LA ISLA DE CHIPRE.



Vista tomada en el claustro de la abadía de Lapais, isla de Chipre.

M. de Mas Latrie, autor de una Historia de la isla de Chipre, en tiempo de los príncipes de Lusignan, ha escrito varios estudios sobre los monumentos franceses de la misma isla. De su obra tomamos la descripción siguiente :

« Acababa de pasar la garganta de Cerines, cuando llegado á lo alto de una colina, distinguí la fachada de un gran monumento, que las desigualdades del terreno me habían ocultado hasta entonces : era la abadía de Lapais, fundada á mediados del siglo XIV por el rey Hugo IV de Lusignan, para una comunidad de religiosos, en cuyo cementerio quiso que le enterrasen. El convento se halla construido sobre un terraplen aislado de la cordillera de montañas de Bulla-vent, haciendo frente á la mar de Caramania. El convento

y la aldea cercana se hallan rodeados de grupos de naranjos, olivos, acacias y palmeras. Esta hermosa y verde campiña, contrasta con las desnudas llanuras al otro lado de la montaña : todo el paisaje es admirable y no debemos admirarnos que los europeos de Larnaca hayan dado á la campiña y al convento el nombre de *Bellapaese*; pero esta denominación no es anterior al siglo XVII, y en tiempo de los príncipes franceses el convento no tuvo otro nombre que el de *Lapais*, ó *Labais*, nombre derivado del de *Lapithia*, provincia de *Lapithos*, donde se halla situado.

» Primeramente me dirigí á ver la pieza mayor cuya hermosa fachada había llamado mi atención, y que consistía en una magnífica sala, larga de mas de 30 metros, muy alta

y alumbrada por dos pisos de ventanas ojivas que dan á la campiña y al mar. El muro en que se termina, y que parece sostener todo el monasterio sobre el borde de la montaña, tiene cerca de dos metros de grueso por arriba, y se prolonga hasta el fondo del valle. Las ventanas se hallan practicadas sobre el mismo valle. Un lindo roseton intacto y cortado en cuatro hojas, recibe la luz hácia el Este; enfrente al Oeste, se abre una doble ventana gótica. Seis grupos de columnillas sostienen los arranques de la bóveda. Un púlpito de piedra calada se halla tambien pegado al muro septentrional de esta hermosa sala, que era probablemente el refectorio de la comunidad. En frente de la puerta y en la galeria del claustro, se halla un rico sarcófago antiguo, adornado de genios y de coronas de flores, que han convertido en fuente; el agua sale por seis caños con llaves que tiene en la parte de abajo. Esta tumba se ve en el dibujo del claustro que damos con este artículo.

» Los arcos góticos que forman la galeria del claustro se dibujan en un cielo azul, rodeados de naranjos silvestres ó *kitromila* plantados en medio del jardín. Las labores y adornos de estos arcos, son idénticos á los de todas las construcciones del siglo XIV.

» La puerta de entrada del claustro, simulada, formando oje por arriba, se halla cortada por un friso de mármol blanco donde están esculpidos los tres escudos de armas del rey fundador. Del pórtico, á cielo abierto, se llega, atravesando un patio, á la antigua iglesia de la abadía, donde los griegos celebran todavía sus oficios. La capilla está dedicada á la *Panaia Asprophorusa*, Nuestra Señora del Vestido Blanco. En vano he buscado la tumba del rey Hugo, pues no he podido hallarla, y no me he parado un solo instante en la suposición de que el sarcófago del claustro haya recibido en 4360 los restos del príncipe, para volverse en el siglo XIV, el receptáculo de una fuente. »

EL NIDO DE CIGÜENAS,

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21 y 26.)

« Todavía seguía hablando, cuando el baron levantó la cabeza, y vió una cigüeña blanca con la cabeza negra que se había colocado en el mismo sitio en que están las dos que han venido hoy; entonces contó lo que le había sucedido, y todo el mundo vió el dedo de Dios en esa milagrosa aventura. Roberto envió una lámpara de plata á la Virgen, y desde aquel momento las cigüeñas han projetido siempre al Steinberg.

« En memoria de este acontecimiento, los barones de Steinberg adoptaron por escudo de armas « una cigüeña de plata en campo azul, » y podría citaros una porción de predicciones relativas á la familia, en las cuales se ve que la suerte de esta casa se halla unida por un lazo misterioso, á la aparición ó desaparición de las cigüeñas... Pero, añadió la anciana meneando tristemente la cabeza, la juventud es incrédula y burlona; no daríais crédito ninguno á esas inexplicables influencias... »

— Y porqué no, mi buena Magdalena? replicó Frantz, cuyo pálido rostro se hallaba iluminado con una sonrisa; yo creo en la cigüeña de la pluma negra que habló al baron Roberto el Pajarero, como creo en las *cigüeñas de Ibico* cuya historia nos han dejado Herodoto y Schiller.

El pensamiento del estudiante envolvía demasiada sutileza para que pudiera ser comprendido de Magdalena. Sin embargo la anciana conoció que Frantz no era completamente de su opinión con respecto á la leyenda del baron Roberto el Pajarero.

— Silencio! interrumpió de repente Whilelmina estendiendo la mano hácia el campo; he oído ruido en la hondonada... Quién puede venir á estas horas?

— Qué nos importa? dijo Frantz con el egoismo de la felicidad.

Sin embargo los tres callaron, y salieron á ver lo que era por el pretil de la torre. Oíanse distintamente las pisadas de dos caballos que resonaban por el camino en medio de la calma de la noche. Bien luego llegaron á descubrirse los jinetes á la falda de la roca en un sitio en que el camino se dividía en dos ramales, uno para subir al castillo, y otro para ir en derechura á la aldea de pescadores de que hemos hablado. Los dos viajeros se detuvieron un instante en la encrucijada, y despues de haber cambiado entre sí algunas palabras, uno de ellos se dirigió á la aldea, y el otro se puso á subir tan de prisa como se lo permitía su caballo, la rápida cuesta del Steinberg.

Whilelmina empalideció de súbito.

— Es mi hermano! murmuró con espanto.

— Sí, es el señor baron! repuso Magdalena temblando; huid, señor Frantz, huid: qué diría si os encontrara aquí?

— No tengo derecho para esperarle? replicó Frantz con acento orgulloso; pero estais ciertas que es el señor baron del Steinberg?

— Le he conocido en el paso de su caballo, y además su traje no puede dejar la menor duda.

VII.

En efecto, á la claridad de la luna que se alzaba en aquel momento, se descubría el uniforme bordado y lleno de galones que llevaban entonces las tropas prusianas. Whilelmina se había quedado petrificada; Frantz sentía temblar la mano de la jóven entre las suyas.

— Tranquilizáos, querida Whilelmina, la dijo con acento afectuoso; si es el baron de Steinberg, no creáis que lo siento... nos esplicaremos al instante; le diré la verdad y sabré al fin si pretende oponerse...

— No, no, no es así como debe saber las faltas que he cometido en su ausencia, interrumpió la jóven angustiada; dejadme que tenga tiempo para prevenirle, para prepararle á recibir esta noticia... Que no os vea en este momento... Oh! por piedad marchaos...

— Ya no es tiempo, dijo Frantz aplicando el oído; me encontraría al salir con él sin remedio ninguno.

En efecto, el jinete había penetrado en el patio que hacia de jardín, y al punto se le oyó vocear con impaciencia. Fritz Reutner corrió á él muy asustado; el viajero le arrojó las bridas de su caballo y penetró en el castillo.

— Dios mio! si viene aquí! murmuró Whilelmina.

— Como vendrá cansado del caballo, no tendrá gana de subir doscientos escalones... Salgámosle al encuentro.

— No, Frantz, os lo suplico, no os pongais aun en su presencia.

— Y porqué no? Acaso no debe saber tarde ó temprano?... Pero, decidme, Whilelmina, no sabéis quien pueda ser ese compañero de viaje de quien se ha separado en la encrucijada?

— No; siempre ha venido solo aquí... respondió Magdalena, y ocupa el único cuarto que, además del de Whilelmina, hay habitable en el castillo.

— Y no se atrevería, añadió la joven con tristeza, á traer aquí á uno de sus ricos amigos de Berlín... Pero oigo ruido en la escalera, Frantz, ocultáos.

— Miedosa! No habeis reconocido las pisadas de Fritz! En efecto Fritz volvió á aparecerse en la escalera de la torre. El pobre mozo habia subido tan de prisa que soplabá como un buey y no podía decir una palabra.

— Mi hermano dice que baje, no es verdad? exclamó Whilelmina; al punto voy.

— Dios mío! qué podré decirle? murmuraba Magdalena; cómo podré soportar sus miradas? Ojalá toda su cólera caiga sobre mí sola... Vamos, Fritz, vamos á recibir á nuestro señor; que no note que hay menos criados en su casa que en tiempo de su padre!

— No, no, dijo Fritz con mil dificultades, haciendo señal á las dos mujeres de que no bajasen; el señor baron no quiere ver á nadie en este instante.

— Cómo es eso?

— Mi hermano despues de haber permanecido un año lejos de mí...

— El señor baron en cuanto llegó subió al aposento en donde acostumbra alojarse, y yo le seguí despues de haber metido su caballo en la cuadra. Cuando entré se hallaba con la cabeza entre las manos, parecia estar muy triste ó muy enfadado. Le pregunté si queria cenar, y me respondió bruscamente que no tenia hambre y que me fuera al diablo. Entonces le dije si debia advertiros que habia llegado, y pasado un momento me contestó: « Dile á mi hermana que no puedo verla esta noche... que estoy enfermo y muy cansado... Pero no te se olvide prevenirla que mañana muy temprano debe prepararse para salir del castillo, se vendrá conmigo... y tú, ya puedes irte. » Y dicho esto, me dió un empujón, cerró la puerta, y aquí está todo lo que ha pasado.

Esta relacion extraordinaria, dejó á Whilelmina y á Magdalena, atónitas de asombro; ninguna de ellas quisieron creerlo. La estraña conducta del baron de Steinberg, la orden de marcha que habia enviado á su hermana, sin acompañarla de ningún motivo, su deseo de permanecer solo despues de tan larga ausencia, todo contribuía á sumerjir en angustias mortales á la joven.

— Dios mío! se decía, si sabrá ya lo que ha sucedido!

— Cómo es posible, Whilelmina? repuso Frantz; quién puede haberle revelado nuestro secreto? Estoy seguro de la discrecion de nuestros amigos, y además el baron llega de Berlín, donde nadie puede saber lo que ha habido aquí la noche pasada... No, no; ahí existe un misterio contrario á nuestra dicha; quieren separarnos, Whilelmina, esto es lo que saco en claro de todo ello... Pero no lo lograrán...

— Oh! no, no, jamás! replicó Whilelmina; Frantz mío, nunca volveremos á separarnos; sabré resistir, si es preciso, á las voluntades de mi hermano... Pero retiráos, Frantz, puede querer subir á pesar de lo que ha dicho, y si os viese aquí conmigo...

— Whilelmina, olvidais que debeis partir mañana...

— Eso no sucederá, no tengais cuidado.

— Y si empleasen para ello la fuerza...

— Entonces invocaria vuestro apoyo. Pero, os suplico que no prolongeis mas tiempo mi ansiedad.

— Así lo haré, repuso tristemente el joven, os obedeceré, querida Whilelmina; me vuelvo á la aldea en donde me es-

peran mis compañeros Alberto y Sigismundo... Desde allí espíaremos lo que suceda en el castillo, y mañana temprano volveré para revelárselo todo al baron...

— Ya que las circunstancias nos obligan, os prometo que no me opondré á ello... pero no olvideis en esa entrevista que es mi hermano... y el vuestro.

— No lo olvidaré, Whilelmina, os lo juro; aun cuando debiera costarme...

— Eso no es suficiente, juradme que no responderéis á ninguna provocacion!

— Whilelmina!

— Juradlo, Frantz, juradlo...

— Recibid mi juramento... Por agradaros seria capaz de aceptar hasta la deshonra... Adios!

Y dicho esto besó en la frente á su joven esposa lo que dejó á Fritz en el colmo del asombro; saludó afectuosamente á Magdalena, se volvió de nuevo para despedirse otra vez de Whilelmina, y desapareció en la oscuridad de la torre.

Al pasar por delante de la puerta del baron, detuvo un poco el paso por temor de que este le oyera, y sintió algunos débiles gemidos que salian de ese aposento cerrado cuidadosamente... Un instante despues, Frantz se hallaba fuera del castillo, pero en lugar de alejarse enseguida se puso á dar vueltas de un lado á otro, con ese afán del avaro que teme separarse del sitio en donde tiene escondido su tesoro.

VIII.

La principal habitacion de la aldea que se elevaba á las orillas del Rhin, al pié del Steinberg, era una posada de miserable apariencia: solo unos estudiantes indiferentes á las comodidades de la vida, podian contentarse con semejante vivienda. La casa toda de madera, cubierta de pizarra vieja, dismantelada y mal segura, parecia que de un momento á otro iba á venir al suelo.

Sin embargo allí era donde habitaba Frantz hacia muchos meses; y allí le esperaban Alberto y Sigismundo la noche del día en que comienza esta historia.

En una sala baja, adornada solo con unas cuantas mesas y unos bancos, y apenas iluminada con una vieja lámpara de barro, los dos estudiantes mataban el tiempo fumando y bebiendo cerveza, esas ocupaciones favoritas de todo buen alemán.

Sentados en frente uno de otro, delante de una mesa cargada de jarros y vasos vacios, de pan y cucuruchos de tabaco, fraternalmente confundidos, ambos se divertian en despedir de sus gruesas pipas de Meeschau, abundantes torbellinos de humo. Con los codos apoyados en la mesa, y la barba en las manos, los dos permanecian silenciosos.

Ambos llevaban el traje adoptado entonces en las escuelas; levita abotonada, cinturón de charol, y gorrita aplastada de dimensiones microscópicas, y los dos poseian tambien esos cabellos rubios, esos ojos azules, y esas cabezas anchas, señales indelebles de la raza teutónica.

Sin embargo, en los rasgos de sus fisonomias se notaban ciertas diferencias, que existian tambien en su carácter.

Sigismundo Muller que era el mayor, era un joven robusto, alto y bien hecho; su rostro habria sido frio y seco, sin cierta viveza en la mirada que le animaba por momentos; es cierto que esta viveza parecia únicamente concentrada en sus ojos, porque rara vez se sonreía, y los músculos de su fisonomia no manifestaban jamas ni malicia ni alegría. Sin

embargo, Sigismundo pasaba en la universidad de Heidelberg por el de mejor humor del Landsmannschaft, y su reputación no podía ser mas merecida. Además poseía la facultad de decir y hacer cosas de broma con una gravedad imperturbable, y por último, buen amigo y dotado de mucha sensatez y mucho tacto, era el favorito de Frantz, que mas de una vez habia puesto á prueba sus sólidas cualidades.

Su compañero Alberto le era inferior bajo todos conceptos. Alberto era todo un estudiante, camorrista, alborotador y desordenado. En vez de estudiar en la universidad pasaba su tiempo en chasquear á los habitantes de la ciudad ó en explicar el *Cómo*, ese código de los estudiantes modernos, á los estudiantes recién llegados.

Alberto adoptaba al punto las cosas mas ridiculas en punto á su traje. Sus cabellos y su barba tenían una longitud desmesurada; sus flacas piernas se perdían en sus enormes botas de campana. Nadie hablaba mas que él en la taberna de la libertad de la Alemania, ni ninguno entonaba canciones patrióticas con mejor voz de bajo.

A pesar de esas ventajas, Alberto Schwartz temía y respetaba á su amigo Sigismundo, á quien siempre manifestaba una gran deferencia, y aun á veces una obediencia ciega. Bien luego sabremos los motivos que tenía para ello.

Ambos amigos habian ya vuelto repetidas veces sus miradas á la puerta exterior con alguna impaciencia. Alberto Schwartz echando hácia atrás, por medio de un brusco movimiento de cabeza, sus largos cabellos que lo cegaban, dijo en fin á su compañero con gravedad burlesca:

— Amigo Sigismundo, voy á comunicarte una idea que me viene ahora.

— Como gustes, respondió Muller.

— Frantz se burla de nosotros, tan cierto como que voy á beberme ahora esta cerveza.

Y al decir esto se echó al cuerpo su vaso de un solo trago. Sigismundo acostumbrado ya á las huecas palabras de su compañero, permaneció impassible como si nada hubiese oído. Alberto continuó en estos términos:

— Digo que se burla de nosotros y voy á decirte los motivos: Porqué nos ha traído á este destierro? Este es mi primer punto. Porqué, despues de esa ceremonia papista de la noche última que ni tú ni yo, en nuestra calidad de buenos protestantes, no hemos comprendido, no nos ha permitido que nos volvámos á Heidelberg, en vez de emparedarnos en esta fea taberna? Este es mi segundo punto; y como no hallo respuesta ninguna á estos dos argumentos, concluyo que Frantz se burla de nosotros.

Estas palabras fueron pronunciadas con la pedantesca gravedad de un profesor en cátedra, pero Muller continuó fumando sin hacer caso y el estudiante, alentado con este silencio, continuó sus observaciones, diciendo:

— Sí, no comprendo porqué tú y yo que somos la fina flor de la universidad, estamos siempre á merced de los caprichos del caballero Frantz. Tú debes tener tus razones para dejarte dominar así, pero nunca me has dicho quién es ni de dónde ha venido; un día se descolgó en Heidelberg sin que nadie le conociera... se puso á seguir los cursos al acaso... Sus duelos no han metido ruido ninguno, como no sea el del otoño último en el que hirió ó mató á dos de sus camaradas. Sin embargo, tú te has aficionado á él hasta el punto de seguirle por todas partes y de sacrificarle por él en todas circunstancias. A mi juicio creo que no se ha mostrado confiado con nosotros en su matrimonio secreto; no nos ha dicho...

— Y que le hace eso?

— Le hace mucho; que yo no quiero permanecer aquí, á ménos que no se me diga...

— Te quedarás sin que te digan nada.

— Pero al fin y al cabo, dijo Schwartz impetuosamente, yo soy un hombre libre y profeso un odio mortal á la Francia.

Sigismundo salió de su apatía, se levantó, puso la pipa sobre la mesa, y tendiendo una rápida mirada en torno suyo, dijo con acento sombrío:

— Has olvidado, compañero, *que hay que estar siempre alerta, porque nadie puede saber cuando llegará el día ni la hora?*

Al oír estas misteriosas palabras, Alberto se estremeció y se puso pálido; Muller satisfecho de la impresion que en él habia producido, volvió á tomar su pipa para caer de nuevo en su asiática gravedad.

— Sí, sí, comprendo, dijo por fin Schwartz como queriendo sonreírse, es otra prueba mas, no es cierto? Sé que debo obedecer ciegamente á todo el que pronuncie esas palabras sagradas, y añado que ya merecería el hallarme iniciado enteramente en los temibles ritos de la sociedad secreta de los...

— Temerario! interrumpió Sigismundo mirándole con feroces ojos; estás cansado de la vida?

— Nadie puede oírnos aquí: Zelter, el viejo luterano, está leyendo la Biblia en su cuarto, y su hija Augusta está hablando con la criada en la cocina... Dime una sola cosa, ya que estamos solos; no ocupa Frantz uno de los principales puestos en esa sacrosanta sociedad á la cual pertenecemos tú en clase de adepto y yo como humilde criado sometido aun á largas y difíciles pruebas?

Sigismundo continuó sin decir palabra.

— Respóndeme, hermano, si tu juramento no se opone á ello... Gustoso reconocería á Frantz por superior, si estuviese seguro de que como tú pertenezco...

— Pues es tu superior, replicó Muller lacónicamente.

Alberto hizo un ademán de triunfo, como si al cabo hubiese podido arrancar á su compañero un importante secreto.

Todo lo entiendo ahora! dijo; el aire misterioso que tiene Frantz, su obstinación en ocultar su nombre, el secreto que ha presidido á su casamiento... Es un agente, un dignatario acaso de esa terrible sociedad que debe un día regenerar la Alemania! Oh! Le obedeceré, me prosternaré delante de él, y si es preciso sabré...

— Quieres callarte? dijo Sigismundo con acento sordo.

Y un instante despues continuó en tono solemne:

— Acuérdate de lo que pasó cuando me pediste el gran favor de que te se admitiera en esa sociedad cuyo nombre santifica los labios que le pronuncian: te vendé los ojos y te llevé al sitio en donde los afiliados celebran sus misterios. Tus ojos estaban cerrados, como símbolo de las tinieblas que reinan aun en tu entendimiento, pero tenias libres la boca y los oídos. Te acuerdas de las palabras que te se dirijieron, cuando despues de haber jurado sobre un puñal que guardases un secreto inviolable, oíste una voz que parecía salir del centro de las entrañas de la tierra?...

— Me acuerdo que la voz decía: *Parus esto, sobrius esto, prudens esto!*

— La pureza, la sobriedad y la prudencia son las tres cosas primeras que se exigen; has llenado bien estas condiciones?

— Creo que sí; la pureza!... esta no la cuento porque es cosa fácil cuando no hay... la sobriedad! no creo faltar á ella, bebiendo un jarro de cerveza como todo buen estudian-

te de la universidad... En cuanto á la prudencia, no sé como podría faltar á ella.

— Hablando siempre de la santa sociedad, á pique de revelar á los profanos sus temibles secretos.

— Y qué secretos podría yo revelar? Nada he visto, y nada sé tampoco. Me llevaste por la noche fuera de la ciudad, al campo; me hicieron algunas preguntas bastante... frivo-

las, y por último me despidieron diciéndome que me hallaba admitido á principiar mis pruebas, y que debería obedecer á todo el que pronunciase ciertas palabras que tú sabes.... Desde entonces ando como un esclavo tuyo, y te sigo por todas partes obediente...

(Se continuará.)

EL RAYO DE SOL.



Un viento frío, áspero y penetrante soplaba en la miserable habitación del viejo zapatero David Coumbe. El pobre hombre interrumpía de cuando en cuando su trabajo para restregarse un poco las manos ó para arrimarlas á las frías cenizas de su chimenea.

Hacia un tiempo horrible tanto dentro como fuera. Los transeúntes caminaban de prisa bajando la cabeza para guarecer un poco del helado viento sus amoratadas narices. Los hombres llevaban las manos metidas en los bolsillos, sacándolas solo á las esquinas de las calles cuando una ráfaga de viento amenazaba sus sombreros. Las mujeres tiritando de frío, habrían necesitado tener mas de dos manos para sostener á la vez sus sombreros, vestidos y pañuelos.

Por las aceras de la calle corrían de un lado á otro los mendigos descalzos murmurando á los oídos de los transeúntes:

— Una limosna por el amor de Dios! Tengo frío y hambre!

Su vor parecía mas lastimera todavía, porque se mezclaba con los silbidos del viento. En un rincón que formaba el muro de una casa se veía un montón de harapos, con un pedazo de cartón encima en que decía: « *Me muero de hambre.* » Pero aquel día no se hallaban dispuestos á la piedad los corazones. Hacia demasiado frío para detenerse, para sacar las manos de un grueso manguito ó de los bolsillos, y alargar al pobre una moneda. Por eso mas de uno de esos

infelices « que se mueren de hambre, » cansados de esperar en vano, tomaban el partido de volverse á su casa.

El viejo David Coumbe no tenia nada que comer en su vivienda, si puede llamarse así el oscuro agujero en donde pasaba sus dias. Sin embargo, nunca habia puesto á la puerta ningun letrero para informar al público que se moria de hambre.

— Y en verdad, pensaba para sí, no puedo decir que me muero de hambre mientras tengo un poco de pan y queso, y de cuando en cuando algunas cortezas de tocino, pero no es menos triste el trabajar continuamente para lograr esto. Qué horrible es este agujero!... Ah! esto no es vivir!... esto es morir á fuego lento!... ay! ay!...

El pobre David concluía siempre sus lamentaciones con un ay! ay! Para él estas dos sílabas eran la suprema espresion del desaliento, y las soltaba lastimosamente como un quejido de las profundidades de su duro pecho.

David parecia destinado á pasar miserablemente toda su vida. En vano le habrían querido persuadir de que debia intentar mejorar su condicion á beneficio de sus propios esfuerzos; siempre decia que solo los ricos podian sacarle adelante en sus penas. A veces hablaba con un especie de vaga esperanza, de que algun día encontraria quizá un hombre opulento, que le sacaria de aquella miseria asegurándole una posicion independiente. Mientras tanto remendaba conienzudamente los zapatos de sus vecinos, manteniéndose con el escaso salario cotidiano, y sin poder lograr jamas el hacer ninguna economia. Era un hombre exacto, honrado, y sincero, pero se quejaba continuamente de su destino con todos aquellos á quienes veía, y lo hacia con tanta amargura que llegaba á cansar al fin la paciencia de todas las gentes, tanto que ya todos renunciaban á consolarle y le abandonaban á sí mismo.

En la tarde del día de que hablamos, David despues de haber terminado su trabajo hizo sus preparativos para pasar la noche fumando y haciendo castillos en el aire, como lo tenia de costumbre hacia tiempo. Al efecto encendió su pipa, estendió sus piernas, apoyó su cabeza en el respaldo de su carcomido sillón de madera, y se puso á arrojar bocanadas de humo á intervalos iguales sacando de vez en cuando su pipa de los labios para murmurar su eterno ay! ay! que era como una especie de respuesta á sus pensamientos melancólicos.

— En toda mi vida he visto este cuarto tan triste como hoy. Es verdad que nada es tan triste como la oscuridad: nunca entra aquí un rayo de sol, ni en invierno ni en verano.

Al decir esto, David echó una mirada en torno suyo, y fijó sus ojos en una espesa capa de polvo y porquería.

— Ahí tengo una ventana, dijo; y aunque el tiempo casi siempre está oscuro, cuando voy á entregar la obra en casa de los parroquianos, veo que el sol entra siempre en ellas; pero en la mia... ay! ay!...

Estaba para anocheecer.

— Vamos, dijo, ya fumé mi pipa, voy á tomar ahora una gota de té. Mucho me gusta el té.

Encendió su vela de sebo, tomó un poco de té en un papelucho amarillento, y puso á calentar agua en un cacillo de hoja de lata, hizo el té, y sin leche ni azúcar, lo echó en un vaso de estaño, y se puso á tomar esa pobre bebida á traguitos, despues de lo cual volvió á encender su pipa.

El día iba cayendo rápidamente. David miró otra vez en torno suyo y continuó suspirando ay! ay! en tono lamentable.

De repente una brillante luz penetró en su cuarto, esparciendo tanto resplandor en derredor del pobre zapatero, que no pudo ménos de estremecerse. En medio de la claridad se

apareció una pequeña criatura que tenia la forma de una mujer dotada de espléndida belleza: sus cabellos flotaban como llamas de oro, y su rostro era tan luminoso que David, encantado y atónito al mismo tiempo, no pudo soportar su vista, y medio se cubrió los ojos con la mano.

Entonces el espíritu, con una voz que parecia una suave y lejana melodía, le dijo:

— Porqué te asustas? No vengo á hacerte daño ninguno. No decias, hace un instante, que deseabas un rayo de sol en tu morada sombría? Pues yo te he oído, y como á pesar de tus continuos lamentos eres un buen hombre, vengo para que sepas que si quieres, puedes disfrutar de mis beneficios para siempre. Tengo muchas hermanas, y todas somos vivas y alegres; nadie hay en este vasto mundo que no nos ame, y nos reciba bien como es debido: los insectos revolotean cantando en torno nuestro; las flores son mas bellas cuando nos reflejamos nosotras en sus corolas; el agua se agita y chispea suavemente con nuestra sonrisa, los animales nos buscan, y duermen mejor cuando los protejemos; nosotras sabemos trazar brillantes senderos á través del follaje, y rompemos la sombra de los bosques para llegar hasta la yerba en donde se oculta la perfumada violeta. Preferimos los campos, pero tambien nos complacemos en alumbrar las estrechas calles de las ciudades dándolas un aspecto mas alegre. Penetramos en las cárceles á pesar de las rejas y las puertas de hierro, y si un pobre ser se arrepiente de su crimen entramos á consolarle é infundirle aliento. Visitamos al afijido y al enfermo, y salimos al encuentro de todos aquellos que, alzando sus miradas de esta tierra donde hay tantas penas, nos buscan donde nosotras estamos, en el dulce esplendor de nuestro cielo. A veces nos vela una ligera nube, pero es por poco tiempo, y cuando pasa, volvemos á aparecer con nuevo lustre. Es cierto que hay en la tierra muchas gentes que no saben llamarnos, ni buscarnos, y tú entras en este número, David Coumbe. No decias que nunca veniamos á tu morada, ni en invierno ni en verano? Deseas sinceramente nuestra presencia, David Coumbe? créeme: antes de entrar echamos una mirada por las ventanas y elegimos los cuartos limpios y bien arreglados; nos gustan las gentes sencillas, los corazones agradecidos que aman al Supremo Hacedor que los ha creado lo mismo que á nosotras. David, siempre hay un rayo de sol en esos corazones y para ellos, ninguna morada, por pobre que sea está nunca enteramente oscura y sin alegría. Deseas para en adelante la compañía de una de nosotras para que regocije tu corazón y tu morada? Pues voy á decirte cuál es el lazo que debes tendernos. Ante todo, es necesario que ese lazo sea limpio y brillante, y ademas debe tener el cebo de la alegría, de la perseverancia, de la industria, de la caridad, de la fe, de la esperanza y de la satisfaccion de ánimo. Sigue mi consejo, David Coumbe, y no tendrás que quejarte de que ningun rayo de sol venga á dorar tu morada, y á regocijarte en tus últimos días; hasta entonces, adios, querido mio.

A esto sucedió un gran silencio. David no distinguió ya nada mas que una débil línea luminosa que poco á poco fué subiendo por la ventana, hasta que se apagó y le dejó solo sumergido en la oscuridad mas profunda.

— Ha sido un sueño, estoy seguro; he tomado por una voz un sonido lejano de algun organillo. Qué sueño tan extraño! Echar al sol un lazo! Y la voz decia que era preciso mucha energia! Quién piensa en eso ahora, despues que tenemos vapor para todo! Y ademas, yo, qué puedo hacer? Perseverancia! acaso no tengo tanta como el primero? Hace

cuarenta años lo ménos que paso los días en remendar botas y zapatos; si esto no es perseverancia é industria que venga Dios á verlo. En cuanto á la caridad, esta sí que apénas la conozco. Supongo lo que es dar dinero, pero jamas he tenido nada que dar, oh! nunca! En cuanto á la fe, creo acordarme que mi madre me hablaba de ella á menudo, mandándome que leyera en una gruesa Biblia con muchas estampas; pero hace mucho tiempo, madre mía, pobre madre mía, que he olvidado ya cuanto me enseñaste. Sin embargo tenia una Biblia: dónde está? Voy á ver lo que dice de la fe. Pero lo veré mañana. En cuanto á la esperanza, lo cierto es que siempre la he tenido; y que esta no me ha producido nada. La satisfaccion de mi mismo no sé por qué debo tenerla: acaso puedo estar contento viviendo en este miserable cuarto tan frio y oscuro?... ay! ay!

Y el pobre David, turbado y agitado, se echó sobre su jergon. Trató de dormir; pero la estraña vision que habia tenido se le presentaba siempre al pensamiento; la voccecita melodiosa continuaba resonando en sus oídos, y el rayo de sol brillaba en medio de la noche ántes sus ojos.

Entre los consejos que le dió el espíritu, habia uno que á David le pareció sensato y fácil de seguir. Podia en efecto ordenar un poco mejor su cuarto, limpiándole y arreglándole para que fuese mas digno de recibir la visita del sol. Así pues, al otro dia por la mañana muy temprano, David resolvió subir la escalera para ir á ver al primer piso á la mujer que le alquilaba el cuarto; y preguntarle si querria ayudarle su hija á sobrellevar este nuevo trabajo. Aunque era inquilino de la tia Dionisia hacia ya muchos años, nunca habia tenido otras relaciones con ella que las que podia haber establecido la costumbre de entregarla el dinero de su alquiler el dia de su vencimiento; y la tia Dionisia por su parte, conociendo el humor misantrópico del pobre zapatero, y siéndola imposible el ayudarle, no habia intentado nunca el trabar con él conocimiento.

De este modo David tuvo que vencer alguna repugnancia ántes de atreverse á dar aquel paso; mas de una vez titubé al subir la escalera; pero al cabo llegó á la puerta de la tia Dionisia, y llamó tímidamente á ella. La buena mujer, dotada de una fisonomia franca, abrió al punto la puerta, y dió un paso hácia atrás atónita de sorpresa.

— Cómo, sois vos, tío Coumbe! Quién podia imaginarse el veros? Qué hay de nuevo! Entrad y sentáys.

Y diciendo esto le señalaba al zapatero una silla que estaba á la lumbre. Una cacerola de metal chisporroteaba junto á la llama; la mesa estaba puesta, porque era la hora del almuerzo. La ventana estaba adornada de bonitos tiestos de flores; todo el cuartito respiraba un aire de limpieza, de alegría y de bienestar. Un hermoso niño rebosando salud estaba sentado en el suelo divirtiéndose con sus juguetes... y un rayo de sol doraba su cabeza...

— Está bien, pensó David; quién se imaginaria que ese niño sabe ya tender sus lazos? Y sin embargo, ha podido conseguir un rayo... Pero ese fué un sueño ridiculo; no hablemos nunca de él; me tomarian por loco.

— Y á qué debemos el placer de veros, tío Coumbe? dijo la tia Dionisia.

— Desearia saber si vuestra hija mayor querria encargarse de limpiar un poco mi cuarto.

(Se continuará.)

EL HUKKA, EL NARGUILEH Y EL KALIUM.

La pipa persa se compone generalmente: de un receptáculo que se llena de agua hasta la mitad: — de un tubo perpendicular que se introduce en el agua; — de un hornillo ordinariamente de metal, sobre el tubo perpendicular; — de una tapa calada que sirve en cierto modo para que corra el aire, y por último de un segundo tubo, por medio del cual se pone en comunicacion el fumador con el tabaco, al tiempo de aspirarlo.

Cuando el receptáculo del agua tiene la forma de una campana, la pipa se llama *hokka*, ó *hukka*; palabra árabe que quiere decir caja. Esta es la forma particular de la India. El *hukka*, cuyo dibujo damos, fué comprado en Constantinopla por M. Remi, orientalista distinguido. El receptáculo del agua es de muchísima elegancia, la campana interior es de plata sobredorada, de donde cae un tejido de plata formado de delicados arabescos: el fondo y los puntos principales son esmaltados de un bello carmesí. La tapa de la pipa y los tubos son de plata con relieves; el tubo flexible, llamado *marpitch* (serpiente replegada) es de seda de color de cereza y oro, terminándose en una boquilla de ámbar. Esta pipa es una verdadera alhaja por su riqueza de adornos y su esmerado trabajo, que evidentemente procede de la India.

Cuando el receptáculo que recibe el agua tiene una forma ovoide y se termina en punta, y cuando el tubo particular se halla adaptado al cuerpo del receptáculo, la pipa se llama *narguileh*, de la palabra *narguil* ó *narjil*, que significa nuez indica. En Constantinopla, el receptáculo, es una botella de cristal; en Bagdad se usa comunmente la nuez indica, ó coco. El *narguileh* de los ricos tiene un receptáculo ovoide de plata, y como su forma puntiaguda impide que se ponga sobre una superficie plana, se usa para esto un tripode, artísticamente trabajado y tambien de plata. Un simple banquillo con un agujero llena en Bagdad el mismo oficio.

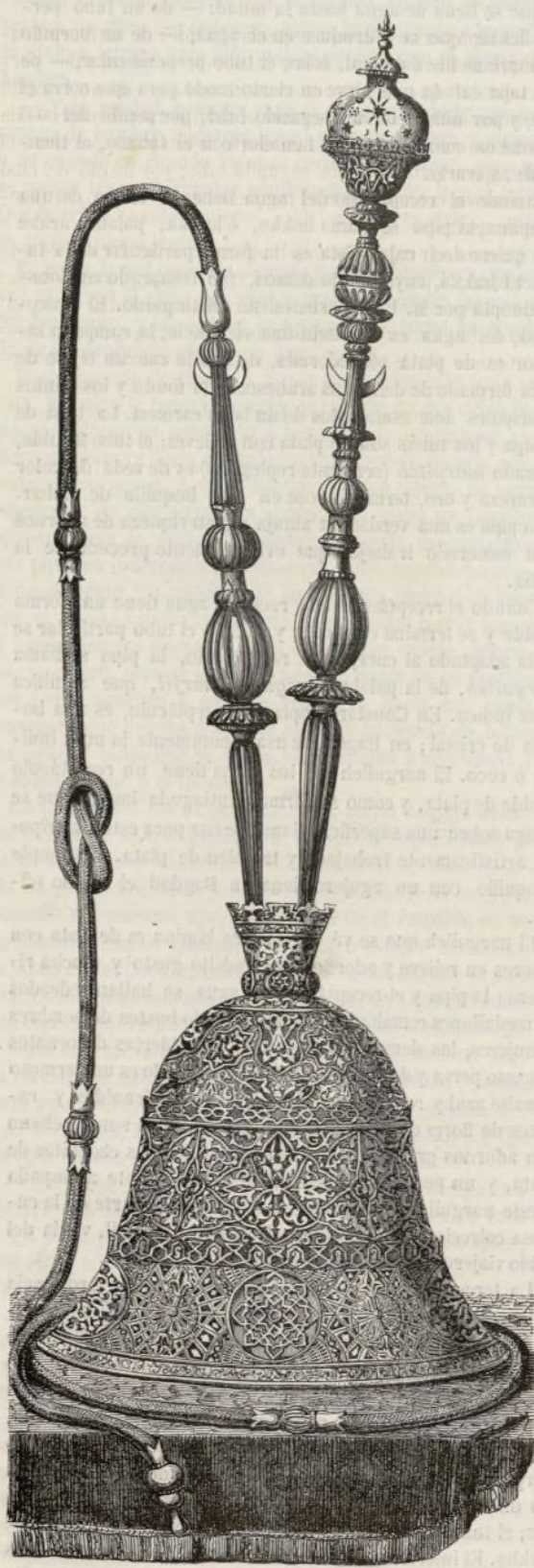
El *narguileh* que se vé en nuestra lámina es de plata con labores en relieve y adornos de esquisito gusto y mucha riqueza; la pipa y el receptáculo del agua se hallan rodeados de medallones esmaltados, representando bustos de hombres y mujeres; las demas partes se hallan cubiertas de ornatos al gusto persa y de figuritas doradas; el fondo es un hermoso esmalte azul y rosa, sobre el cual se ven guirnaldas y ramitos de flores de colores brillantes; los tubos son de ébano con adornos grabados. La tapa cuelga de unas cadenitas de plata, y un pequeño tripode de un perfil elegante acompaña á este *narguileh*. Esta preciosa alhaja forma parte de la curiosa coleccion de la señora Hommaire de Hell, viuda del sabio viajero que perdió la Francia hace dos años.

La tercera pipa es el *Kalium*, porque así se pronuncia vulgarmente la palabra árabe *halían* que significa *hervidero*, nombre que se le da á esta pipa á causa del ruido que produce el agua aspirada por el tubo. El *kalium* se usa solo en la Persia; el receptáculo del agua tiene la forma de una botella cónica, y el tubo por el que sale el humo, se adapta, no al receptáculo del agua, sino al mismo cuerpo del tubo perpendicular; el mecanismo y la manera de usar esta pipa no difieren en nada de lo que se ha dicho sobre las anteriores; el tubo puede ser de madera, ó de piel como el del *hukka*. El interior de todas ellas se halla lleno de medallones esmaltados mas ó menos ricos. Los persas gastan mucho

dinero en sus pipas, habiendo algunas que cuestan hasta 42,000 frs. por las tapas ribeteadas de perlas y sus ricos esmaltes.

El tabaco que se fuma en la pipa persa se llama tumheki :

antes de fumarle se le moja con agua, lo que exige para encenderle una fuerza de pulmones, propia de un criado, el cual despues de haberlo encendido, presenta la pipa á su amo y señor.



Hukka.



MONTALAN.

Narguileh.